

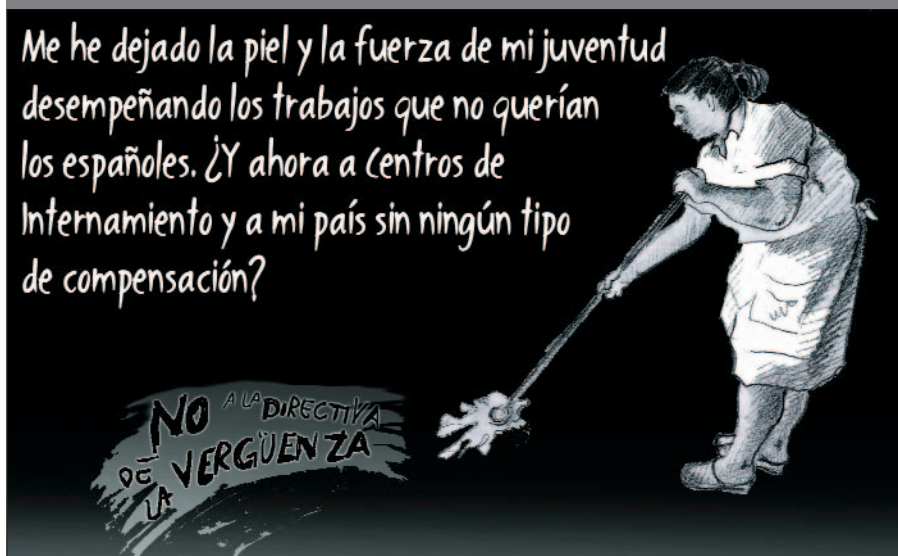
EDITORIAL

¿Crisis...? ¿De qué crisis hablamos?

Sociedad de Consumo

Paula Cabildo

Me he dejado la piel y la fuerza de mi juventud desempeñando los trabajos que no querían los españoles. ¿Y ahora a centros de Internamiento y a mi país sin ningún tipo de compensación?



En los últimos meses, el término más repetido es el de "crisis". Todos/as hablamos de ella, pero la pregunta que debemos hacernos es: "¿de qué crisis hablamos o nos hablan?". Porque la clase trabajadora lleva ya muchos años sufriendo la crisis económica y laboral.

La Economía española creció nominalmente en el último decenio a una media anual superior al 3 % del PIB. En este mismo período, los beneficios empresariales se multiplicaron en un 73 %. El modelo de "crecimiento español" en esta década, siguiendo las directrices de la globalización económica, se fundamenta en unas características que se pueden visualizar con facilidad en los sectores considerados esencialmente más "dinámicos": (1) el sector inmobiliario (el ladrillo en vivienda residencial y la obra pública en grandes infraestructuras como autopistas y tren de alta velocidad); (2) el sector turístico y de servicios; (3) el sector financiero basado en el movimiento virtual de capitales y en la especulación de tierras, materias primas, armas, poniendo a disposición de los especuladores grandes cantidades de dinero; (4) la explotación de la inmigración; (5) la depredación del medio ambiente; (6) la flexibilización de las condiciones laborales; y (7) el desmantelamiento de los servicios públicos, todo ello enmarcado en (8) una política gubernamental que fomenta el consumismo y el ansia de propiedad privada.

Las grandes empresas del Ibex 35 en ese "casino" llamado Bolsa, mueven anualmente hasta un billón de euros, tanto como todo el PIB del estado español. El dinero cambia de manos, se especula con valores y activos ficticios y se obtienen grandes beneficios para empresas, accionistas y especuladores sin escrúpulos. Estas mismas empresas embolsan a sus accionistas cerca de 450.000 millones de euros en el último decenio.

Estas mismas empresas y personas que ahora hablan de crisis, esas mismas que propugnan una aplicación total del sistema capitalista y de las teorías del libre mercado, claman ahora para que con dinero público se cubran los grandes socavones que ellas mismas han causado en la economía mundial, llevando a la extrema explotación a las personas y los recursos.

Cuando esto marchaba así, el "modelo español" era vendido como resultado del esfuerzo y la modernidad para colocarnos entre los países más "ricos y poderosos". Nadie cuestionaba las bases sobre las que se crecía y sobre quiénes se construían los grandes beneficios empresariales. A quienes siempre

hemos criticado este modelo, se nos ha tratado de pesimistas, visionarios o derrotistas.

Un modelo de crecimiento insostenible, injusto y desigual a nivel planetario, y que en el estado español atenta contra la justicia social al presentar la siguiente realidad:

- Casi un tercio de los hogares españoles son mileuristas.

- Los salarios acumulan una pérdida continuada de poder adquisitivo.

- Los ingresos del 20 % de la población más rica han pasado a significar 5,1 veces los ingresos del 20 % de la población más pobre.

- La población española considerada como pobre se sitúa en el 20 %.

- Los bajos salarios y la alta precariedad en el empleo explican en gran medida que la población de rentas bajas haya aumentado a un ritmo superior que la de rentas medias.

- El Estado español es uno de los más desiguales en las rentas de sus clases sociales.

A esta situación le llamaban "crecimiento, bonanza, milagro, etc.", cuando la realidad era ya de una auténtica crisis para gran

parte de la sociedad, y de forma significativa para la clase trabajadora.

En este momento, debemos tener en cuenta que el paro se ha situado en el 11'5 % sin que la temporalidad haya descendido del 33 %. El IPC ha subido al 5'5 % mientras los salarios siguen perdiendo poder adquisitivo. Desciende el PIB de su crecimiento económico por debajo del 1 % y se pretende incrementar la productividad a costa de abaratar más el despido y firmando una nueva reforma laboral que convierta en papel mojado los derechos de los convenios colectivos.

Por otro lado, la política tributaria dirigida a beneficiar al capital con bajadas de impuestos a las grandes fortunas y recorte de las cotizaciones empresariales, desemboca en una política de privatizaciones y desmantelamiento de los servicios públicos que pagamos entre todos/as.

El capital, los gobiernos, la patronal y el sindicalismo mayoritario, pretenden que "su crisis" la pague los de siempre: los trabajadores/as, estafados con las Reformas

Laborales y las políticas de consumo insostenible que han hecho desaparecer lo público y las garantías de derechos para todos/as.

No debemos ignorar que este proceso de empobrecimiento de la mayoría consolida la globalización capitalista, desde una concepción autoritaria, represiva y militarista de la sociedad, fomentando el incremento del negocio armamentista, como la especulación salvaje sobre la energía y la agricultura, siendo capaces de condenar al hambre a decenas de millones de personas en todo el mundo. Este proceso global de retrocesos lo estamos sufriendo de manera especial en el caso de la UE, donde asistimos a un proceso antidemocrático de imposición de un tratado/constitución rechazado una y otra vez en referéndum.

Una imposición acompañada de otras medidas que junto con la autonomía dotada al Banco Central Europeo constituyen el germen de una auténtica dictadura económica. Nos referimos al Tratado de Lisboa refrendado por el sindicalismo mayoritario para imponer la flexibilidad laboral y el despido libre. La directiva Bolkestein que nos impone el desmantelamiento de los servicios públicos. La directiva de la vergüenza, del retorno de la inmigración, que restringe movimientos y derechos de las personas inmigrantes, cuando ya no sirven como mano de obra barata, consolidando la violación de los derechos civiles de millones de trabajadores. Y la más reciente directiva de las 65 horas sobre la Jornada de Trabajo, que la prolonga y considera el trabajo asalariado por el tiempo que el empresario determine, como un deber, impidiendo la vida social de las personas.

Frente a esta imposición necesitamos una cultura de la resistencia contra el consumismo, contra el crecimiento por el crecimiento. Necesitamos salir a la calle para parar esta máquina de injusticias y desigualdades llamada economía de mercado y construir una sociedad que respete el medio ambiente, el trabajo digno, el tiempo de vida colectivo de las personas ligado a la producción de bienes sociales suficientes para todos/as.

Necesitamos intensificar los conflictos y revolver las conciencias. Necesitamos aprender colectivamente a gestionar los recursos y la satisfacción de las necesidades de todas/os. Necesitamos que el protagonismo y la gestión de la vida social sea asumida cooperativamente. Necesitamos conquistar la igualdad real de derechos para todas/os. Y necesitamos que ello se exprese en las calles, en los medios, en las fábricas... Necesitamos movilizarnos en nuestro día a día y caminar todos/as juntos/as hacia una huelga general.

Muchos analistas se preguntan estos días por las razones que han podido conducir al presidente georgiano, Saakashvili, a lanzar en Osetia del Sur una ofensiva militar que parecía inequívocamente condenada al fracaso. Si cualquier conocedor de lo que se dirime hoy en el Cáucaso hubiera dado inmediatamente por descontado que la ofensiva en cuestión estaba llamada a provocar una inmediata réplica rusa, el sentido común recuerda, por añadidura, que la acción armada georgiana ha tenido que gozar, por fuerza, del beneplácito, y en su caso del apoyo logístico, norteamericano.

Aunque soy poco amigo de las explicaciones conspiratorias, por una vez me dejaré llevar por una de ellas. En algo recuerda a un argumento que se esgrimió cuando llegó el momento de explicar la anexión iraquí de Kuwait, en el verano de 1990. Entonces se sugirió que EEUU le tendió una trampa a Saddam Hussein a través de eventuales garantías en el sentido de que una ocupación del emirato por

Conspiración en Georgia

CARLOS TAIBO

Iraq no tendría mayor respuesta norteamericana. Conforme a la interpretación dominante, del lado de la Casa Blanca el propósito oculto habría sido, claro, disfrutar de una oportunidad de oro para deshacerse de un régimen molesto que disputaba a EEUU, con manifiesta osadía, la hegemonía en el Oriente Próximo.

El recordatorio de lo ocurrido en el golfo Pérsico casi cuatro lustros atrás viene a cuento porque -parecen bien pueden invocarse circunstancias parecidas en el escenario georgiano. Reseñemos por lo pronto que merece poco crédito la explicación que apunta que Saakashvili se ha lanzado a una dudosa operación militar en Osetia del Sur para acallar críticas internas y

desviar la atención con respecto a los numerosos problemas que plantea su gestión. Nuestro hombre ha pasado en los últimos tiempos por tesituras mucho más delicadas y nadie parece sostener en serio la apreciación anterior, tanto más cuanto que, por sí sola, conduce inequívocamente a un escenario más bien suicida.

La observación que se impone llama la atención, antes bien, sobre un eventual engaño estadounidense a Saakashvili. Según esta percepción, la diplomacia norteamericana habría garantizado al presidente georgiano que Rusia, consciente de lo delicado que es cruzar la frontera de un Estado soberano y recelosa de la perspectiva de una confrontación abierta con

EEUU, en modo alguno respondería militarmente a una ofensiva en Osetia del Sur. Georgia recuperaría así en plenitud, y con gloria, el control sobre esa república y la credibilidad del Kremlin quedaría en entredicho. De la mano de este ardid, la Casa Blanca le habría puesto en bandeja a Saakashvili un triunfo que vendría a consolidar definitivamente su posición.

El lector razonable se preguntará inmediatamente, claro, qué es lo que Washington ganaría de la mano de una apuesta tan delicada, que -no lo olvidemos, y merced a una reacción rusa muy diferente de la anunciada- podría dar al traste con el poder del aliado Saakashvili y trastabillar muchos de los esquemas de presión

norteamericanos en el Cáucaso. La única respuesta solvente a ese interrogante señala que, de resultas de la intervención militar rusa -el horizonte más probable-, y tanto más cuanto que ésta no parece se haya caracterizado por mesura alguna, los halcones de la Casa Blanca podrían insuflarle un aire nuevo a la alicaída confrontación con Moscú y reabrir de esta forma una tensión que vendría como anillo al dedo a sus intereses. La proximidad de las presidenciales estadounidenses le otorgaría valor añadido, en fin, a la jugada que nos ocupa, al amparo de argumentos interesantes para demonizar la aparente laxitud de las propuestas de Barack Obama.

No deseo ignorar que la hipótesis que expongo, como todas las que tienen un resuello conspiratorio, arrastra problemas no menores y obliga a acometer un notable ejercicio de imaginación. Quien se quede con esta legítima conclusión hará bien, eso sí, en proponer alguna explicación alternativa para la sorprendente conducta de la que han hecho gala en los últimos días los gobernantes georgianos.

La crisis desatada este verano con el ataque de Georgia a Osetia del Sur y la posterior "invasión preventiva" de Rusia ha dejado claro que el primer tercio del siglo XXI será una pugna entre potencias capitalistas, de viejo y nuevo cuño, al margen del derecho internacional. El camino para solapar situaciones de derecho por groseras razones de Estado estaba abonado, aunque ha sido coincidiendo con la apertura de los Olimpiadas de Pekín cuando la canalla ha tomado carta de naturaleza.

¡Qué mejor marco para ejercitar la barbarie que unos juegos que tienen como anfitrión al gobierno que acaba de someter una vez más a sangre y fuego la autonomía del Tibet! Y al mismo tiempo qué gran mascarada, si tenemos en cuenta que los Juegos Olímpicos nacieron para sublimar los conflictos entre naciones a través de la competición deportiva entre sus pueblos. Con razón no exenta de oportuna revisión histórica algún analista ha asociado la Olimpiada del 2008 en China con la que tuvo lugar en 1936 en una Alemania ya fagocitada por el síndrome nazi. A los totalitarismos actuales les sienta bien el chándal. De hecho, todo el auténtico espíritu

De la Guerra Fría al derecho de presa

RAFAEL CID

olímpico se limita a una discreta carta de protesta firmada por cincuenta y cuatro deportistas, por supuesto ninguno español.

Resulta difícil imaginar que el actual régimen pronorteamericano de Georgia se lanzara a la aventura de Osetia del Sur sin el visto bueno de Estados Unidos y en especial del equipo Bush, que seguramente imaginaron todas las posibilidades de respuesta por parte de la Rusia de Putin, incluida la que se ha producido con la invasión armada del antiguo territorio soviético, la primera intervención del ejército ruso -al margen del conflicto checheno- tras la desintegración de la URSS. De suyo Putin, con un presidente Medvédev casi decorativo, sólo ha necesitado justificarse con los mismos argumentos perversos que desde

hace años están sirviendo a Bush y sus acólitos europeos para actuar manu militari en la antigua Yugoslavia e Irak: injerencia humanitaria y defensa a ultranza del derecho de autodeterminación. La única diferencia es que donde el "Trio de las Azores" denunciaba armas de destrucción masiva, santuario terrorista y autonomía de Kosovo, Moscú ha colocado agresión a una región bajo su tutela y pretendido genocidio. Tal para cual.

El resultado es una confirmación del ocaso del derecho internacional y su principal institución de garantía y control (la ONU), el repunte de organismos no democráticos como el FMI, el Banco Mundial y la Organización Mundial de Comercio como nuevos reguladores globales (no olvidemos que

ahora la pugna es entre capitalistas y no entre sistemas alternativos) y la prueba de que cada superpotencia está dispuesta a llevar al límite las posibilidades de su arsenal disuasorio ejerciendo el derecho de presa (víctimas civiles y destrucción del país). Y luego están los otros daños colaterales: la entrada de rondón en el último tramo de la campaña norteamericana del factor patriótico y la postergación de la Unión Europea en un conflicto que ha implosionado en el umbral de su propia casa común.

Pobre errática Europa, otra vez tan lejos de la democracia y tan cerca del Tío Sam. Pobre Javier Solana, nuestro alto representante en la UE para la Política Exterior y de Seguridad Común, ese hombre de principios que desde un primer

aliento como furibundo antiotanista y "ministro" en el gobierno secreto del 23-F, pasó a ser secretario general de la OTAN y "mister PESC" sin solución de continuidad. Pobres ciudadanos europeos también, secuestrados por la infame turba de unos dirigentes clónicos del peor reaccionarismo yanqui, que sabotean olímpicamente las libres decisiones de sus pueblos cuando someten a referéndum su proyecto de Constitución, mientras alientan sentimientos de odio al inmigrante para desempolvar viejas leyes racistas que justifiquen su usurpación autoritaria del poder.

Con la desintegración de la Unión Soviética y la conversión de la China maoísta al integrismo del mercado se inicia la era del capitalismo planetario como única religión verdadera. No estamos en el fin de la historia y la plenitud de la democracia como profetizó Francis Fukuyama en su best-seller. Muy al contrario, con el arranque del siglo XXI lo que se nos viene encima es otra historia: la del fin de la democracia por el fuego amigo de las superpotencias capitalistas y la hegemonía del neofeudalismo global como modelo de vida.

No es la guerra fría, es el canibalismo capitalista.

Corría el año 1986 cuando la banda hardcore punk Dead Kennedys publicaba su álbum "Bedtime for democracy"; la hora de dormir para la democracia. Si por entonces esa democracia dormía, hoy debe de estar disfrutando el sueño de los justos. A mayor gloria de quienes disponen de una sociedad que existe para sus negocios, claro. Cuenta en su último libro, "El pensamiento secuestrado", Susan George -cultista, intelectual, amena y a ratos irónica e irreverente-, cómo los colectivos más reaccionarios, sobre todo religiosos aunque también laicos, relacionados con las altas esferas políticas y económicas de Estados Unidos se han apoderado de dicho país. Lo cierto es que la situación no es muy diferente en los países de eso que se ha dado en llamar "nuestro entorno". Quienes están gobernando los países democráticos son las elites económicas a través de sus grupos de presión. No es nuevo, ya, el mundo, por lo general, siempre fue gobernado por elites. Las novedades son que nunca hasta la fecha se había utilizado con tanto descaro la etiqueta democrática para encubrir lo que son lisa y llanamente los negocios de las compañías y grupos empresariales más poderosos, y que la tiranía del mercado que impulsan abarca todo el planeta Tierra, excepción hecha de diversos reductos que no son tampoco un mar de libertad.

Una de las cinco partes en las que se divide este trabajo la ha llamado "Lobbies, pasillos y sedes de poder". En ella, George describe la kafkiana situación a la que ha llegado el país norteamericano, que acumula entre sus diez lobbies o grupos de presión más influyentes a la Asociación Estadounidense de Médicos y a la Asociación Estadounidense de Hospitales. Éstos hacen campaña para que los ciudadanos USA nunca tengan atención médica a cargo del Estado, más barata o gratuita.

La hora de dormir para la democracia

MIGUEL JARA



La organización social especializada en investigar el poder de los lobbies, LobbyWatch, afirma que entre 1998 y 2004 los diez primeros clientes de la industria del lobby en EE.UU. repartieron casi mil millones de dólares entre las empresas de relaciones públicas que les ayudaron a salirse con la suya. Los diez primeros lobbies son, por este orden: la Cámara de Comercio estadounidense, el Grupo Altria (alimentación y tabaco), General Electric (séptimo proveedor del Pentágono), la Asociación Estadounidense de Médicos, Northrop Grumman (cuarto proveedor del Pen-

tágono), el Instituto Edison Electric (patronal de la industria nuclear), Verizon Communications, Business Roundtable, la Asociación Estadounidense de Hospitales, y las farmacéuticas, Pharmaceutical Research and Manufacturers. Tres lobbies del campo sanitario entre los diez más importantes, por cierto.

En Estados Unidos hacer lobby o cabildeo es una práctica incluso protegida por la Carta de Derechos, pues se considera una manifestación de la "libertad de expresión". El Congreso de este país elabora cada trimestre un boletín donde explica cuánto gastan

los diferentes grupos de presión en intentar, y muchas veces lograr, que se legisle a su favor -huelga decir que si se legisla a favor de un grupo de interés concreto se legisla en contra de la mayoría de la ciudadanía. El sitio web de la Comisión Electoral Federal también publica estos datos.

Pero de poco sirve a los ciudadanos estadounidenses saber cuánto dinero gastan los lobbies en corromper su democracia. Lo importante es que la práctica de la presión corporativa corrompe la democracia, pues el ciudadano poco cuenta a la hora de que sus demandas sean satisfechas. El

que paga tiene dinero para presionar a los políticos para que gobiernen a todos según sus particulares criterios. Las compañías farmacéuticas, mediante el dinero que proporcionan legalmente para las campañas electorales de los candidatos a las elecciones de Estados Unidos, consiguen que una vez en el poder sus candidatos gobiernen en función de sus intereses.

El espacio web de periodismo de investigación en favor de los intereses públicos Public Integrity, ofrece documentos actualizados sobre la financiación de los candidatos a las próximas elecciones de EE.UU. Volviendo al libro de Susan George, ella afirma que el resto de la lista de los cien primeros clientes con poder de lobby "parece un catálogo de sospechosos habituales": petroleras, compañías automovilísticas, de las comunicaciones, del software, la banca y los seguros, la electrónica, el complejo militar y las farmacéuticas.

La democracia, en EE.UU. y en todo el mundo, está muy tocada, por decirlo de un modo suave. Vivimos tiempos de Totalitarismo Global Corporativo, pues esta dictadura que se vale en sus formas de una apariencia democrática para camuflar la realidad es la primera que el ser humano consiente en todo el planeta al mismo tiempo. ¿Qué hacer? Crear redes sociales de asociaciones que trabajen en temas concretos y potenciar las ya existentes. Conectarlas entre sí bajo un punto de vista plural, unidas por unos principios mínimos de respeto a los derechos humanos, independencia de los intereses privados económicos e impulso al único gobierno posible, el de los ciudadanos, la verdadera democracia. Uno de los aspectos más importantes es recuperar la confianza en que nosotros mismos podemos resolver nuestros problemas.

Miguel Jara es escritor, autor de "Traficantes de salud" y "Conspiraciones tóxicas". <http://migueljara.wordpress.com/>